

1

SOFIA

Hasta ese momento, Londres se parecía mucho a Nueva York, aunque allí no podía comer las albóndigas que mi madre preparaba los domingos. Por supuesto, estaba flipando con los autobuses rojos y el acento británico, pero los problemas no se evaporaban solo por haber cruzado el charco. Todavía no tenía casa propia ni ahorros a los que recurrir, ni siquiera un trabajo. La única diferencia era que me faltaban monedas de una libra en lugar de billetes de un dólar.

Pero tenía que centrarme en lo positivo. Estaba en Londres, la tierra de Mary Poppins, el hogar de la tarta Battenberg y del té, la cuna de los príncipes y los palacios.

Por mucho que anhelara salir a tomar un cóctel a un bar elegante o a explorar parques y museos, me pasaba la mayor parte del día metida en casa, sentada en el sofá de mi mejor amiga, buscando trabajo por Internet. Había rebajado las expectativas salariales que me había creado cuando estaba sentada en las aulas de Columbia, rodeada mis compañeros de máster. Algunos de ellos ya tenían trabajo al terminar los estudios, pero la mayoría seguíamos buscando algo a nuestro nivel, aunque el número de alumnos sin empleo se había reducido a medida que nos acercábamos a la fecha de la graduación, y McKinsey, Bain y Google habían elegido a la flor y nata. Solo el cinco por ciento de mi promoción no había recibido una oferta de empleo cuando posamos para las fotos de graduación con los birretes y las togas.

Yo formaba parte de ese porcentaje.

Cerré la tapa del portátil e inspiré hondo, como me indicaba la aplicación de *mindfulness*, para evitar tener un ataque de pánico. Cuando hube cogido aire cuatro veces, mi amiga desde hacía quince años —y propietaria del sofá en el que estaba durmiendo— apareció por la puerta principal. Natalie cerró dando un portazo, cogió su precioso bolso Mulberry de color verde musgo, lo tiró al suelo y le dio una patada. Y luego le dio otra.

Solo había una explicación: Andrew Blake.

—¿Qué ha hecho ahora? —pregunté, recogiendo el montón de papeles que tenía diseminados sobre el asiento para hacerle sitio en el sofá.

Le dio una tercera patada al bolso y luego soltó un grito de impotencia.

Vaya.

Su jefe debía de haberse comportado de una forma aún más idiota que de costumbre, lo cual era mucho decir. Por la manera en la que ella describía sus interacciones, como si él fuera el príncipe Guillermo y ella una sirvienta, me parecía un hombre horrible. Y eso era cuando él le hablaba. Al parecer, podía pasarse días sin dirigirle la palabra. Me levanté y fui a la nevera. Ella necesitaba algo más que los ejercicios de relajación de una aplicación de móvil. Necesitaba vino.

Puse dos vasos en la encimera: no pensaba dejarla beber sola. Tenía que ofrecerle apoyo moral. Miré el reloj. Eran un poco más de las tres.

¡Las tres de la tarde! Si Natalie nunca llegaba a casa antes de las ocho...

—¿Nat? —Atravesé corriendo el pasillo; Natalie ya se había olvidado del bolso y le daba patadas al abrigo—. ¿Por qué has venido a casa tan temprano?

—Necesito alcohol. Ya.

Mierda, ¿la habría despedido ese capullo?

Volé rauda y veloz a la cocina para llenar los dos vasos; ¿qué más daba la hora que fuera?

Cuando regresé, Natalie tenía una expresión vidriosa y se había desplomado en el sofá.

Le puse un vaso en la mano, doblé una pierna y me senté a su lado.

—Cuéntamelo todo.

Sacudió la cabeza como un perro confundido que asiente sin saber por qué. Luego, como si de repente se diera cuenta de que tenía vino a mano, bebió un gran trago.

—Ya he tenido suficiente. Ayer no me dijo ni una palabra, y esta mañana tampoco. Cuando le he preguntado si había revisado el estudio que le había entregado, me ha ignorado por completo. Y, después del almuerzo, no me ha dado tiempo ni a quitarme el abrigo antes de que saliera de su oficina. Entonces se ha puesto a gritar por... —Hizo una pausa—. ¿Sabes?, en realidad no sé qué le pasa, dejando a un lado que tiene graves problemas de personalidad, claro está, y que es el mayor imbécil que he conocido en toda mi vida. Lo cual es mucho, ya que crecí en Nueva Jersey.

—¿No sabes por qué estaba enfadado?

—Ni idea. Y lo peor es que no grita ni chilla. Cuando digo que grita, es porque lo hace de esa manera inconfundible, a lo Andrew Blake. Se queda callado, se le oscurecen los ojos y su voz baja dos octavas. Es como si estuviera poseído. Un horror...

Me estremecí ante semejante descripción.

—Es increíble que esa clase de hombres tenga tanto éxito. ¿Por qué no pueden actuar de forma normal? Al menos, deberían fingir que son miembros comunes y corrientes de la sociedad, aunque en el fondo sean psicópatas.

—Lo he dejado. He soportado todo lo soportable. Me da igual que el salario tenga seis cifras. Le he dicho que se metiera el trabajo por el culo y me he ido.

—Me alegro por ti —dije, medio en serio, medio preguntándome si Natalie tenía ahorros para cubrir el alquiler hasta que encontrara otro trabajo. Y entonces me di cuenta de lo que acababa de decir—. ¿Tu sueldo era de seis cifras? ¿Te pagaba más de cien mil dólares al año?

—De libras —respondió ella—. Ciento veinte mil, en realidad. Pero ni siquiera doscientas mil serían suficientes para lidiar con ese estúpido estirado.

¿Ciento veinte mil libras? Hice un rápido cálculo mental. Eso eran más de ciento cincuenta mil dólares al año.

—¿En qué consistía exactamente tu trabajo? —pregunté.

—Hacer cualquier cosa que el imbécil de Andrew Blake quisiera que hiciera —gimió.

—¿Como qué? Sé más concreta. —Nunca habíamos ido más allá de lo gilipollas que era su jefe, y no entendía al detalle lo que hacía—. ¿Le llevabas el café?

Suspiró.

—¿Sabes qué? Eso era lo único que no hacía. Tampoco tenía que llevar su ropa a la tintorería ni concertar sus citas personales. De hecho, nada era personal. Era casi como si no tuviera vida fuera del trabajo. Como si fuera un robot o algo así. Un robot grosero e idiota.

La mayoría de los puestos de asistente que yo conocía implicaban hacer mucho café y recoger la ropa en la tintorería. Una amiga mía había tenido que romper una vez con la novia de su jefe. ¿Tan mal jefe era Andrew si mantenía el trabajo en un plano estrictamente profesional y pagaba ciento cincuenta mil dólares al año?

Había crecido en Nueva York, como hija de una madre soltera que tenía tres trabajos —o dos y medio, si contaba mi

participación en la limpieza de fin de semana en la oficina situada encima del CVS de la 113 con Broadway—. Podía aguantar a un jefe maleducado, exigente y malcriado por ciento cincuenta mil dólares. Joder, hasta podía llevarle la ropa a la tintorería.

—¿Estás segura de que no vas a volver? —pregunté.

—Ni de coña —dijo ella, tomando otro trago de vino—. Ni loca.

—Consúltalo con la almohada —dije mientras mi mente daba vueltas a todas las opciones, sobre todo a la de cuándo iba a ser una buena idea preguntarle si creía que yo podía encajar bien en el puesto.

—Ya lo he pensado mucho durante los tres últimos meses. No puedo más. ¿Te he dicho ya que la última persona que ocupó el puesto antes que yo solo permaneció en él un día? Ni siquiera volvió después del descanso para comer.

—Y has aguantado como una campeona. Pero ciento veinte mil libras es mucho dinero.

Miró mi portátil.

—¿Todavía no has encontrado nada?

—No. —Los puestos de trabajo eran escasos—. Sin embargo, tarde o temprano daré con algo. Y no estamos aquí para hablar de mi falta de empleo.

—No, ahora podemos hablar de la mía. —Me miró mientras yo le ofrecía una sonrisa de solidaridad—. No te sientas mal. Mañana por la mañana estaré eufórica por no tener que lidiar más con semejante imbécil.

No había mejor momento que el presente. Si ella estaba segura de que no iba a volver, yo tenía que coger el toro por los cuernos.

—Y, si lo haces, entonces, podríamos hablar sobre si crees que sería apta o no para asumir el cargo de asistente de Andrew Blake.

Los hermosos ojos de Natalie se abrieron de par en par.

—¿Quieres-mi-trabajo?

—Bueno, no. Si sigue siendo tu trabajo, no lo quiero. Pero si no vas a volver, si de verdad no puedes soportarlo más, entonces, vale la pena que aproveche la oportunidad de...

Natalie se giró en el asiento y me sujetó el hombro con la mano que no sostenía el vaso de vino.

—No, Sofia. No vale la pena intentarlo. Es horrible. Horrible de verdad. ¿A qué crees que se dedica? Básicamente, le jode la vida a la gente. Y tú lo ayudarías a dejar en la ruina a esa pobre gente. En serio, no vale la pena.

Adoraba a Natalie. Pero ella había crecido en un barrio rico de Nueva Jersey. No era una niña de la *jet* como para tener un fondo fiduciario, pero disponía del dinero suficiente como para no haber solicitado un préstamo para estudiar en la universidad. Y eso era gozar de un saludable estado financiero.

La madre de Natalie no había trabajado ni un solo día, y mucho menos tres, desde que habían nacido su hermano y ella. Tampoco estaba resentida por ello, pero resultaba un hecho fehaciente que ella no podía entender lo que era estar desesperada.

—Natalie, me estoy quedando sin dinero, y a este paso voy a tener que volver a Nueva York con menos de lo que me fui. Y, cuando llegue a casa, mi madre seguirá necesitando una prótesis para la rodilla que no puedo pagar. No le he hecho más que una incómoda llamada telefónica a mi padre para que supiera que estoy aquí. Soy un hueso duro de roer. Estoy segura de que puedo manejar a Andrew Blake durante un par de meses. Hasta que encuentre otra cosa, al menos.

Clavó la mirada en el suelo como si le hubiera dicho que se había muerto su gato.

—En serio, solo pediré el trabajo si de verdad te vas.

Suspiró.

—Con sinceridad, casi prefiero volver yo a que te veas expuesta a ese horror. Pero no creo que pueda soportar un día más con ese hombre.

Sin embargo, yo estaba segura de que podía aguantar un día con Andrew Blake, de que podía aguantar tres meses..., tal vez, incluso, todo el año. Iba a hacer lo que fuera necesario para quedarme en Londres el tiempo suficiente para establecer algún tipo de relación con mi padre y obtener el dinero que necesitaba para que le operaran la rodilla a mi madre.

Andrew Blake iba a tener que aguantarme a mí.

2

SOFIA

El cielo estaba tan negro como podía estarlo en una gran ciudad. Y si la oscuridad no lo anunciara ya, el frío aire de marzo decía que era demasiado temprano para estar delante de las oficinas de Blake Enterprises.

De hecho, eran las cinco y cuarto de la mañana.

Natalie había comentado que una vez había llegado al despacho a las seis y que Andrew parecía llevar un rato allí. Así que tenía que pillarlo cuando llegara. Por lo que me había dicho Natalie, no iba a ser fácil acceder a él si no conseguía abordarlo en la calle. Por eso llevaba allí veinte minutos.

Cuando por fin convencí a Natalie de que optar a su trabajo no era lo peor que podía pasarme, me mostró una foto de Andrew para que supiera a quién debía acercarme en medio de la calle. Al principio, supuse que se había equivocado de imagen, porque ¿cómo podía ser tan gilipollas un hombre tan guapo? Era más atractivo que todos los actores del reparto de *Los Vengadores* juntos. Parecía como si alguien hubiera pegado el pelo, la barbilla y la sonrisa característica de John Kennedy Jr. en el cuerpo de Chris Hemsworth. Santo Dios, estaba casi segura de que, si no hubiera ansiado ese trabajo, también habría estado delante de sus oficinas a las cinco de la mañana para echarle un vistazo.

Me puse de puntillas, tratando de vislumbrar en la calzada el destello de unos faros en mi dirección. Pero no vi nada. Ni

siquiera los de una furgoneta de reparto. Al otro lado de la calle, un corredor matutino se dirigía hacia mí vestido con una sudadera gris, con el rostro oculto por la capucha. Me llamó la atención un coche que pasaba y, cuando volví a mirar al corredor, estaba cruzando la calle hacia mí.

La adrenalina se apoderó de mí y saqué el móvil. *¡Joder!* Estaba sola. Cuando ya tenía localizado el número de Natalie para llamarla, el corredor se detuvo y se bajó la capucha.

Ya había visto esa hermosa cara antes.

—¿Andrew Blake? —Ni siquiera necesitaba preguntarlo. Era obvio. El parecido con John Kennedy Jr. y Chris Hemsworth era más que evidente. Solo le faltaba la sonrisa, y menos mal, o me habría hecho entrar en combustión espontánea. Aquel hombre era aún más guapo en carne y hueso.

Giró la cabeza al oír mi pregunta y nuestras miradas se encontraron. Él tenía el ceño fruncido con desaprobación cuando la bajó por mi abrigo y por mis piernas. Seguía siendo muy sexy, incluso aunque pareciera a punto de morirme.

—Soy Sofia Rossi. —Le tendí la mano.

—¿Y bien? —Ignoró mi mano, sacó un manojito de llaves y abrió la puerta gris ante la que yo llevaba media hora esperando.

—He estudiado en la Universidad de Columbia. Soy muy trabajadora. Soy creativa, organizada y muy flexible. Y quiero ser su asistente.

—Es usted americana —dijo, casi escupiendo las palabras como si no pudiera concebir una idea peor que tener a una estadounidense como asistente.

—Neoyorquina. Eso hace que sea muy dura y que esté preparada para todo.

Desbloqueó la última cerradura.

—No me interesa. —Abrió la puerta y entró.

No iba a rendirme tan fácilmente. Detuve la puerta justo antes de que se cerrara y lo seguí por las escaleras, aunque le eché un vistazo al ascensor y me pregunté por qué no lo usábamos.

¿Qué pasa con los traseros de los hombres, que siempre parecen mucho mejor con pantalones de deporte?

Tuve que reprimirme para no alargar la mano y tocar aquellas nalgas perfectas para comprobar si estaban tan duras como parecía.

—Me he enterado de que su asistente ha presentado la renuncia. Si me contrata, no tendrá que tomarse la molestia de buscar a otra persona.

No respondió. Nos detuvimos en el segundo piso, donde Andrew se agachó para abrir la cerradura inferior de las puertas dobles de cristal.

—Estoy aquí, dispuesta para empezar a trabajar de inmediato.

Sin dejar de ignorarme, abrió la cerradura superior, atravesó el umbral y encendió las luces, que dejaron a la vista un vestíbulo blanco y luminoso. Miré a mi alrededor, observando los muebles, limpios y modernos, que parecían no haber sido usados nunca.

—Soy muy madrugadora y...

Andrew fue hacia la izquierda, en dirección a un pequeño despacho, que semejaba ser un poco estrecho para alguien que se dedicaba a destruir vidas ajenas, pero, cuando lo seguí, me di cuenta de que había una puerta al otro lado del escritorio y de que iba hacia ella. Lo perseguí.

Pero desapareció detrás de la segunda puerta justo antes de cerrármela en las narices.

Vale, podía haber sido peor... Pero, al menos, se había metido en su despacho y no estaba tratando de escoltarme al exterior de las instalaciones.

Me apoyé en el escritorio de su asistente y vi la bufanda de cachemira color frambuesa de Natalie en el perchero, detrás del escritorio. Ella podía permitirse usar prendas de cachemira, dado su salario. Un dinero que yo podía utilizar para dejar de dormir en su sofá y disponer de un apartamento propio. Así que no iba a dejarme vencer por el mal humor de Andrew Blake. No, señor.

Tomé asiento tras el escritorio y encendí el ordenador, luego miré los papeles que había sobre la mesa. Algunos de ellos estaban cubiertos de garabatos que recordaban de manera notable una caricatura de Natalie sosteniendo un cuchillo de chef demasiado grande. Había un montón de documentos donde se investigaba una revista llamada *Verity*. Al final del montón había una agenda de papel. ¡Qué *vintage*...! La abrí y busqué la página que correspondía a ese día. No parecía que Andrew tuviera ninguna cita hasta el mediodía. Entonces, ¿qué estaba haciendo en su despacho a esas horas?

Decidí quedarme hasta que saliera; quizá así iba a poder convencerlo de que contratarme era la mejor decisión que iba a tomar esa semana.

Me levanté, me quité el abrigo y lo colgué junto a la bufanda de Natalie; luego saqué un cuaderno del bolso y miré a mi alrededor. Lo primero y fundamental era poner orden. No porque el lugar fuera un caos —no tenía un aspecto tan desastroso—, sino porque, dado que el vestíbulo de entrada parecía estar preparado para una operación a corazón abierto, supuse que a Andrew le gustaba que todo estuviera impoluto. Sí, iba a demostrarle —y no solo a decirle— lo útil que podía ser para él. Iba a encargarme de que supiera que para mí no había ninguna tarea demasiado insignificante.

Me puse a limpiar el escritorio. Cogí la taza de café de Natalie y fui en busca de la cocina. Estaba impoluta. Metí la taza

en el lavavajillas y me preparé un café en una taza limpia. Algo me decía que conquistar a Andrew iba a ser una maratón, no un *sprint*. Por un momento, pensé en hacerle un café, pero no parecía el tipo de hombre que tomara cafeína. Con ese cuerpo, probablemente solo bebía agua de glaciador y bebidas proteicas.

—¿Puedo ayudarla en algo? —me preguntó un hombre desde atrás.

Me giré y me encontré a un hombre maduro que me miraba como si fuera una colegiala descarriada. Mi corazón empezó a pegar botes dentro de mi pecho. Me hallaba en una encrucijada.

No era de las que se rendían a la mínima, pero iba a costarme inventar una historia creíble aunque estuviera en juego un suministro de por vida de *cannoli* de Ferrara's. Por eso había empezado a pasarme los sábados por la mañana vaciando cubos de basura con mi madre en lugar de hacer lo que fuera que hicieran los niños de ocho años el fin de semana. Un día le dije que había terminado los deberes de matemáticas, pero mi madre se dio cuenta de que no había dicho la verdad, y, durante los cinco años siguientes, me perdí las mañanas de los sábados. Un castigo rápido y severo siempre había sido el estilo de *mamma* Rossi.

Pero había llegado un momento donde solo me quedaban dos opciones: hundirme o nadar. Necesitaba ese trabajo, y ya no era una niña.

—Buenos días. —Saludé al desconocido que tenía delante de mí como si lo conociera de toda la vida. Le sonreí—. Soy Sofía, la nueva asistente de Andrew. He sustituido a Natalie. —¿Era mentira si iba a ser la nueva asistente de Andrew aunque aún no me hubiera contratado?

Dio un paso atrás.

—¿Ya ha encontrado a alguien nuevo?

Me encogí de hombros.

—He empezado esta mañana. ¿Puedo ofrecerle un café?

Él arqueó las cejas.

—No hace falta que haga eso. Aquí cada uno se sirve su café. —Se quitó un sombrero a cuadros que lo hacía parecer un investigador privado de la vieja escuela y abandonó la cocina—. Pero... —se dio la vuelta— la próxima vez que vea a Andrew ¿podría facilitarle algunos datos que necesita saber sobre...? Ha firmado un acuerdo de confidencialidad, ¿verdad?

Asentí, tratando de parecer convincente.

—Son algunas cosas sobre *Verity*. —Abrió la bolsa que llevaba y sacó unos papeles—. Es un completo desastre, y es necesario que Andrew lo sepa.

—Claro, por supuesto. —Cogí las tres hojas llenas de cifras que me ofrecía.

Asintió, pero no se apartó.

—Una advertencia. A él no le gustará lo que va a ver, así que entrégueselo y... póngase a cubierto. O corra.

Mantuve la sonrisa, preguntándome si estaba a punto de ser víctima de un 217, un asalto con asesinato intencionado.

—Claro —dije—. Yo me ocuparé de todo. ¿De quién le digo que es?

Demasiado tarde. El hombre del sombrero había desaparecido. Por lo visto, mi poder de convicción había subido de nivel en algún momento de los veinte últimos años. Cogí la taza de café y fui a mi mesa, o a la que iba a ser mi mesa una vez que trabajara allí.

Cuando terminé de ordenar la oficina y me preparé la segunda taza de café, llamé a Natalie para que me diera la contraseña del ordenador. A pesar de que me rogó que volviera a casa y se ofreció a prestarme dinero para no tener que preocuparme el mes siguiente, cedió. Me dio la con-

traseña («vete_al_infierno_BLaKE») y una lista de sus tareas diarias. También me explicó dónde guardaba la lista digital de tareas. Me reservé la parte en la que Andrew aún no había aceptado que fuera su empleada, porque, aunque estaba arriesgándome lo suficiente como para abrir un agujero en el universo, no necesitaba insistir en que aún no había sucedido.

No salía ni un ruido del despacho de Andrew, y medio sospechaba que él no estaba allí. Tal vez su oficina estaba a tres kilómetros de distancia a través de un laberinto de pasillos interminables, y yo estaba sentada delante de una habitación vacía.

Cada una de las carpetas que había guardado Natalie estaba organizada por el nombre de la empresa. Me había comentado algo de que Andrew dirigía empresas que se enfrentaban a la quiebra, despedía a todos los trabajadores y ganaba mucho dinero. La noche anterior, tras una breve búsqueda en Google, había descubierto que era especialista en reestructuraciones. Daba la vuelta a las empresas en quiebra. Natalie lo había hecho parecer un monstruo, pero, si evitaba que las empresas se hundieran, estaba salvando y no destruyendo puestos de trabajo.

El tipo del sombrero me había dado datos sobre *Verity*; tal vez esa era la empresa que Andrew estaba considerando salvar. Saqué el expediente de Natalie y leí toda la documentación. *Verity* había empezado siendo una revista seria, dirigida por periodistas, a principios del siglo XX, como una versión británica de *The New Yorker*, pero se había reinventado en algún momento. Ahora se parecía más al *National Enquirer*.

No hacía falta tener un máster para detectar la caída de los beneficios y otros detalles en los papeles que me había dado el hombre del sombrero.

La empresa estaba a punto para un cambio de rumbo.

Ese debía de ser el siguiente proyecto de Andrew. Solo tenía que averiguar cómo conseguir que me contratara para ayudarlo a dar la vuelta a *Verity*.

3

ANDREW

¿Acaso la gente no entendía que quería que me dejaran en paz? Bloqueé la llamada de Tristan que parpadeaba en mi móvil y minimicé la pantalla del correo electrónico para volver a concentrarme en el *Financial Times* y su artículo sobre la editorial Goode.

Bob Goode casi siempre era un as en lo que hacía. Se las arreglaba para romper las tendencias y aumentar los beneficios y para poner en circulación cada vez más ejemplares en la mayoría de las revistas que poseía, pero *Verity* era una excepción.

Mi teléfono empezó a vibrar de nuevo. ¡Maldito Tristan...! Me puse de pie, lo que hacía siempre que quería que una llamada o una reunión fuera lo más breve posible. Justo cuando estaba a punto de aceptar la llamada de mi amigo, llamaron a la puerta.

La ignoré. Mi primera reunión no era hasta la una, y mi equipo sabía que no debía molestarme antes del mediodía.

Pulsé el botón de aceptar.

—Andrew Blake.

—Por el amor de Dios, Andrew. Te estoy llamando yo, y yo ya sé que eres tú. Y tú sabes que soy yo. ¿Has pensado alguna vez en iniciar una llamada telefónica con un simple «Hola»?

No tenía intención de responder a las chorradas de Tristan, pero, aunque hubiera querido, no habría tenido oportunidad. A pesar de que había ignorado la llamada a la puerta,

llamaron de nuevo, y luego apareció la chica de por la mañana con un montón de papeles en la mano.

Cancelé la llamada con Tristan y asistí estupefacto a la puesta en escena de aquella mujer: me sonrió, se acercó a mi escritorio y dejó dos montones de papeles.

—Un señor con sombrero me ha pedido que le trajera esto —dijo, señalando el de la izquierda—. Y este es su correo —señaló las hojas de la derecha—, que he abierto y puesto en orden de prioridad.

¿Por qué seguía ahí? ¿Y por qué actuaba como si trabajara para mí?

—Fuera —dije, en un tono bajo y serio.

—No —respondió ella. Me sentí como si me hubiera golpeado con un martillo.

—¿Perdón?

Malditos americanos...

—No, no voy a marcharme. —Se cruzó de brazos y me miró a los ojos con intensidad—. Voy a quedarme, y seré su nueva asistente. No espero mejores condiciones que la última que ha tenido y trabajaré igual de duro y le ofreceré la misma dedicación.

—¿Dedicación? —pregunté, pasando por alto que la mujer que tenía delante no solo se había negado a marcharse, sino que también exigía que le pagara—. Mi última asistente dejó el puesto. Si no puede ofrecerme más dedicación que ella, debería marcharse ya.

Me senté y volví a abrir mi bandeja de entrada, hice clic en la carpeta de *Verity* y me desplacé para ver los resultados financieros del año anterior.

—Ella ha renunciado porque es difícil trabajar con usted. No porque no quisiera esmerarse.

No dije ni una palabra. No había mucha gente que me hablara así. Y menos que fuera alguien que trabajara para mí. No

lo necesitaba. Tenía a mi servicio un equipo lleno de talento que me ofrecía toda su dedicación a cambio de un buen sueldo.

—Soy más resistente que ella —continuó, levantando la barbilla.

Eso parecía un reto. No intentaba echar a mis asistentes a propósito, pero ninguna era capaz de soportar la presión. Desde que Joanna se había retirado, cada una de las personas que había ocupado el puesto había acabado despedida o se había marchado antes de llegar a los seis meses. Algunas ni siquiera habían durado seis horas. Por experiencia, todos querían que se los ayudara y se les dijera lo que debían hacer, mientras que yo solo quería concentrarme en mi trabajo. No me interesaba que hubiera chismes en la oficina ni que mis empleados charlaran sobre cualquier serie que hubieran visto en Netflix. Pero, según Joanna, a la que llamaba una vez a la semana para intentar convencerla de que no se jubilara, eso era lo que tenía que hacer.

Lo llamaba «habilidades sociales».

Yo lo llamaba «gilipolleces».

—Estoy cualificada para este trabajo. He hecho un máster en Columbia. Soy inteligente, me gusta la organización y no me asusta el trabajo duro. Tiene suerte de que esté aquí. —Hablabla como si ya trabajara para mí.

—Entonces, ¿por qué quiere el trabajo?—pregunté, intrigado a mi pesar. Que me abordaran delante de las oficinas antes de las seis de la mañana no era algo nuevo. Había hecho muchos recortes en mi carrera, había despedido a mucha gente. Y aunque lo había hecho para que alguna empresa pudiera sobrevivir y para que no todos los empleados perdieran el trabajo, algunas personas no lo veían así. Algunas me culpaban a mí en lugar de a la dirección incompetente que me había precedido. Yo solo me dedicaba a limpiar el desastre que habían provocado otros. Pero nunca me había visto abordado en la calle por alguien que quisiera trabajar para mí.

—Seré una asistente excelente. Además, si no le gustara mi trabajo, podría despedirme. —No había respondido a mi pregunta sobre por qué quería el empleo.

—¿Cómo sabe que hay una vacante? —Todavía no había llamado a la agencia de contratación. Ni siquiera había pensado en buscar una nueva asistente.

—Soy compañera de piso de Natalie.

¿Compartían piso?

—En realidad, estoy durmiendo en su sofá. Ella piensa que usted es imbécil. Yo creo que puedo manejarlo.

Me costó un poco no reírme. No podía negar que la mujer que tenía delante decía lo que pensaba. Según mi experiencia, ese era un componente esencial en una buena relación laboral. Tal vez fuera una asistente adecuada, después de todo.

Si tenía un máster en Columbia, ¿por qué demonios quería ser mi asistente? Debía de estar mintiendo.

—¿Cuál fue su asignatura favorita en Columbia?

—¿La favorita o la que me resultó más útil?

—He dicho favorita. No digo nada que no quiero decir.

—Globalización y mercados. La clase de Joseph Stiglitz y Bruce Greenwald.

Vale, o se había currado mucho la mentira o había estudiado en Columbia de verdad. Había leído algunas cosas de Stiglitz y sabía que daba clases allí.

—¿Qué es lo peor que puede pasar? —preguntó—. Deme una oportunidad. No se arrepentirá.

Supuse que tenía razón. No había a nadie a mano para sustituir a Natalie y encontrar a otra persona podía llevarme al menos unas semanas. No tenía demasiado que perder.

—No presuma tanto. No me moleste antes del mediodía, y asegúrese de que nadie entre en mi despacho a menos que tenga la puerta abierta; algo que nunca ocurrirá.

Una sonrisa inundó su rostro.

—Me llamo Sofia —dijo.

La ignoré y me senté de nuevo tras el escritorio.

—¿Necesita algo?

Lo que necesitaba era que Bob Goode no fuera tan idiota, pero eso no iba a suceder.

—Que me deje en paz.

Al menos, Sofia tuvo el sentido común de no discutir. Se giró sobre los talones y se alejó. Saqué el último ejemplar de *Verity* del cajón superior de mi escritorio y sentí cómo me hervía la sangre al leer el titular que preguntaba, una vez más, si Tom Cruise era extraterrestre. Mi abuela se habría revuelto en su tumba al ver que su antaño respetada publicación hablaba de posibles extraterrestres famosos. Hubo un tiempo en que la revista que ella dirigía se había centrado en las mujeres —a las que por fin se les permitía contratar hipotecas sin presentar un aval masculino a principios de los 70—, en las huelgas del carbón y en las manipulaciones políticas de los 80. *Verity* acostumbraba a ser una revista que se preocupaba por los derechos de la gente corriente y por mantener a raya a los que ostentaban el poder. En la actualidad le importaba si Tom Cruise procedía o no del espacio exterior, o si Taylor Swift era en secreto Nicki Minaj.

La publicación estaba perdiendo suscriptores y lectores, lo que significaba que ganaba cada vez menos dinero. Las justificaciones que Bob Goode me había dado cuando había empezado la espiral de ridículas historias de cotilleo era que no podía ganar dinero cubriendo «temas», como él los describía.

¿Y qué?, tampoco estaba ganando dinero sin cubrirlos. ¿Por qué no seguía mis consejos? ¿Por qué no permitía que mi equipo y yo nos pusiéramos al timón? Podía volver a poner *Verity* en marcha y, cuando estuviera saneada, él iba a poder contratar un equipo nuevo y mejor.

Bob me consideraba un entrometido, pero yo solo intentaba ayudarlo. Él no era más que un viejo obstinado al que no le gustaba que las dos mujeres que le habían precedido —mi madre y mi abuela— hubieran hecho mejor trabajo que él dirigiendo la empresa.

Volví a meter la revista en el cajón y miré lo que Sofia había dejado sobre mi mesa. Los últimos informes financieros de *Verity*, documentos que ya había visto. Pero que, sin duda, Douglas quería asegurarse de que no los ignorara. Eran pésimos. Si hubiéramos estado hablando de cualquier otra empresa, me habría contentado con sentarme con un paquete de palomitas a ver cómo se venía abajo, pero no podía hacer eso con *Verity*. Mi madre se iba a quedar destrozada si, con pocos meses de diferencia, perdiera a mi abuela y la publicación que ella había fundado. Tenía que salvar *Verity*, solo que aún no sabía cómo.